



ARENA

Pilar Quintana

Escritora, ganadora del Premio Alfaguara de Novela 2021.

Foto *Dunas*, Sahara, 2014, Selnich Vivas Hurtado.

Salió del baño con el mismo peinado que se hacían los muchachitos de catorce de la escuela.

—Henri, ¿qué es ese peinado? —dije.

Tenía el pelo aplastado desde la coronilla hacia adelante y el capul parado como las cerdas de un cepillo. Él se encogió de hombros.

—¿Te lo has visto bien?

Se encogió de hombros.

—Lo tenés todo aplastado.

Se encogió de hombros.

—Hacia adelante, con el capul parado.

Como solo se encogía de hombros, le cogí la mano.

—Vení —le dije y me lo llevé al baño.

Quería que se viera en el espejo grande de encima del lavamanos.

Lo que llamábamos el baño era un cuartito con un lavamanos y un inodoro. Lo que llamábamos el lavamanos era una vasija de cerámica que alimentábamos con el agua del pozo traída en una jarra. La vaciábamos por las mañanas en la huerta. No se podía desperdiciar ni una sola gota.

—Mirá.

Saqué el espejo de mano, el que usaba para depilarme las cejas. Se lo puse detrás de la cabeza para que se viera desde ese ángulo también.

—Mirate. Date cuenta.

Él se miraba con atención y detenimiento, en el espejo grande y en el pequeño, por delante y por detrás, estudiándose el peinado.

—Ese es el peinado que se hacen los muchachitos de catorce. Vos tenés cuarenta. Me ignoró mientras se miraba. Terminó de mirarse y salió hacia la sala. Me fui detrás.

—¿Te lo vas a dejar?

No dijo nada. Se limitó a dejarse perseguir por la sala. Yo no lo podía creer.

—¿En serio te lo vas a dejar así?

Él no mostraba la intención de decir o hacer algo. De volver al baño, por ejemplo, para arreglarse los pelos. De arreglárselos ahí, aunque fuera solo con la mano.

—¿Te lo puedo arreglar yo?

Por fin se detuvo. Me miró como si fuera a responderme. No lo hizo. No dijo nada. Fue hacia el rincón donde arrumábamos las sillas blancas de plástico. Sacó una y se sentó con los brazos cruzados.

Era alto. Ahora su cabeza, con él sentado, quedó a mi alcance. Lista para que le arreglara el peinado. Me le acerqué estirando la mano, despacio, para que entendiera mi intención. Me hizo el quite sin pararse de la silla. Un movimiento rápido como de banderillero. Me asusté y me detuve al instante. Volvió a mirarme, esta vez a los ojos y muy fijo.

—Si seguís con el tema... —me advirtió.

Desistí. Me hice el propósito de dejarlo en paz. Fui por la escoba, que estaba recostada contra la pared, y me puse a barrer la sala. No pasó un minuto y volví al tema. Le dije un montón de cosas. Le pregunté si estaba en crisis. Si los cuarenta le estaban dando duro. Si su intención era parecer de menos años.

—¿De catorce? —pregunté burlona.

Le dije que él no iba a parecer de catorce por más peinados raros que intentara. Que si a los muchachitos de la escuela ese peinado ya se les veía ridículo, cómo se le vería a él, que era uno de los profesores y tenía edad para ser su padre.

—O hasta el abuelo. Henri, vos tenés patas de gallina, las pelotas caídas y canas hasta en la barba.

Le dije que a él se le veía todavía más ridículo. Ridiculísimo. Como a un viejo de cuarenta queriendo parecer de quince.

—O de catorce —me burlé otra vez.

Le pregunté si necesitaba verse de nuevo en el espejo. Si se lo traía. Si era que estaba ciego o volviéndose loco. Si también le iba a dar por colgarse las candongas que se había quitado a los 35 o, mejor, le dije, unos blinblines como los que usan los muchachitos de catorce de la escuela. Si se iba a dejar caer los pantalones para que se le viera la marca de los calzoncillos.

Él nada más me miraba, callado, con los ojos como sumergidos en un pantano. En un momento pensé que mis palabras le estaban llegando y que reaccionaría. Que estaba esperando a que yo acabara de hablar para ir a cambiarse el peinado. Que volvería con su pelo de siempre, un pelo soñoliento, medio desordenado, que ya se le estaba poniendo gris, para sincerarse.

Sí, me están pegando fuerte los cuarenta, diría, no es fácil. Yo lo abrazaría. Nos reiríamos. Menos mal no tenemos plata, diría yo. Y él: Ya me habría comprado un convertible rojo. Nos reiríamos de nosotros mismos, de lo que el tiempo va dejando depositado, de los rescoldos que guardábamos en el fondo.

Lo que hizo, en cambio, fue levantarse de improviso. Retrocedí por instinto, amedrentada como un animal pequeño. Pensé que me callaría con un grito. O, algo peor, que levantaría la mano y se abalanzaría sobre mí.

—Me voy —anunció sin aspavientos, y así lo hizo.

Yo seguí con la escoba. Mientras barría, pensé que estaría caminando, alejándose de la casa y del pueblo. Un puntico en la distancia. Un puntico móvil en la inmensidad desierta.

Barrí la casa. Los pisos, las paredes, los muebles, los cuadros, hasta el cielo raso. Saqué la arena de los rincones donde se acumulaba. Detrás de las patas de las mesas, entre los cojines del futón, las grietas del piso y las paredes, los marcos de los cuadros, la esterilla del cielo raso, las esquinas. Saqué la arena de todas partes y la casa quedó inmaculada.

Fui a bañarme al pozo, con una totuma, asegurándome de que el agua cayera en el balde con el que regábamos la huerta. Me saqué el sudor y la arena que se me pegaba al cuerpo y se metía por entre los pliegues de la piel.

Henri estaba en la casa. Había cerrado las puertas y las ventanas. Solo faltaba desenrollar el plástico negro de la entrada que ayudaba a guarecernos del frío de la noche y las tormentas de arena. Estaba sucio y sudoroso, sentado en la banca de la entrada, mirando el atardecer.

—Qué belleza —dije poniéndome a su lado.

El sol era una bola enorme que se escurría por el horizonte. Me sentía contenta. La casa y yo estábamos limpias. Se me había olvidado lo del peinado. Ni siquiera noté si lo llevaba. No se me ocurrió fijarme. Me volví hacia él para preguntarle cómo le había ido en su caminata. Él se estaba terminando de desamarrar los cordones de las botas. Sacó un pie y la arena se derramó por el suelo.

—Henri, ¿qué estás haciendo?

—Me estoy quitando las botas.

—¿No te das cuenta cómo está la casa?

—Como una tacita de té —dijo con un tono que no pude saber si venía cargado o limpio—, tan pulcra como vos.

Lo miré tratando de entender. De anticipar lo que haría. Se quitó la otra bota y de nuevo se regó la arena. Yo todavía no creía que lo estuviera haciendo a propósito. No di crédito hasta que levantó las dos botas, me las mostró y puso una boca abajo para dejar salir la arena que guardaba.

—Imbécil —dije.

Me miró por un instante, ahí sentado. Luego me apuntó con la boca de la otra bota y me lanzó la arena a la cara. Pensé que había sido una equivocación, un accidente, un movimiento involuntario, una broma. Que correría a sacudirme la arena de la cara, llevarme al baño de la mano, decir que lo sentía y no entendía qué le había pasado. Pero la arena se metió en mis ojos y él jaló la cuerda que desenrollaba el plástico negro. El desierto y los restos del atardecer quedaron afuera. Adentro se hizo de noche.

—¿Esto era lo que querías? —dijo y se levantó violento.

Yo estaba desesperada, tratando de sacarme la arena de los ojos. Esta vez no tuve tiempo de retroceder. ■